

THÉOPHILE GAUTIER

Retrato de Balzac

Pocas veces el destino permite que un gran escritor sea retratado por un gran poeta. Balzac bajo la mirada de Gautier. El resultado es un libro portentoso. Y más si tomamos en cuenta que fueron amigos cercanos. La admiración que Gautier profesa por Balzac es evidente, pero justo eso es lo que hace tan impactante este libro. No es una simple biografía y mucho menos una crítica literaria. Así como Gautier llevó una tórrida amistad con el inigualable Rimbaud, fungiendo de alguna forma como su mentor, también él estuvo en el mismo sitio que aquél, sólo que bajo la égida de Balzac, su maestro. En pocas páginas nos introduce en la vida no de un escritor, sino de un personaje mítico, más parecido a un dios lúdico que a un simple mortal. Ése es el encanto del ejercicio que Gautier realiza al rememorar a su querido maestro. Escuchémosle: «Lo mismo que el dios de la India Visnu, Balzac tenía el don de avatar, es decir, el de encarnarse en cuerpos diferentes y vivir en ellos el tiempo que quisiera; sólo que el número de avatares de Visnu se fija en diez, mientras los de Balzac son incontables y además podía provocarlos a voluntad. Aunque parezca extraño decir esto en pleno siglo XIX, Balzac fue un *vidente*. Su mérito como observador, su perspicacia de fisiólogo, su genio de escritor, no bastan para explicar la grandísima variedad de los dos o tres mil tipos que representan un papel más o menos importante en *La comedia humana*. No los copiaba, los vivía idealmente, se ponía la vestimenta de ellos, contraía sus costumbres, se rodeaba de su ambiente, era —ellos mismos— todo el tiempo necesario».

I

Hacia 1835 ocupaba yo una habitación compuesta de dos cuartitos, en el callejón del Doyenné, situado más o menos en el sitio que hoy ocupa el pabellón Mollien. Aunque situado en el centro de París, frente a las Tullerías, a dos pasos del Louvre, el lugar era desierto y salvaje, necesitándose en verdad tener sumo empeño en ello para descubrir mi residencia. Sin embargo, una mañana vi traspasar mis umbrales, dando excusas por presentarse a sí mismo, a un joven de maneras distinguidas, de franco e inteligente aspecto. Era Jules Sandeau; venía a buscarme de parte de Balzac para invitarme a colaborar en *La crónica de París*, un periódico semanal que acaso no haya sido olvidado, pero que no tuvo el éxito pecuniario del que era digno. Me dijo Sandeau que Balzac había leído *La señorita de Maupin*, la cual a la sazón acababa de aparecer, y había admirado mucho su estilo; que por ese motivo deseaba contar con mi colaboración en el semanario patrocinado y dirigido por él. Se concertó una entrevista para ponernos en contacto, y desde ese día data entre nosotros una amistad que sólo la muerte pudo romper.

Si he relatado esta anécdota no es por lo que tiene de lisonjera para mí, sino porque honra a Balzac, quien, siendo ya ilustre, hacía llamar a un joven escritor oscuro y principiante de la víspera, para asociarle a sus trabajos bajo el pie de un compañerismo y una igualdad perfectos. Es verdad que por aquel entonces, Balzac aún no era el autor de *La comedia humana*, pero aparte de varios cuentos, había escrito la *Fisiología del matrimonio*, *La piel de zapa*, *Louis*

Lambert, Séraphita, Eugénie Grandet, Historia de los trece, El médico de aldea, Papá Goriot, es decir, tenía con qué fundar en tiempos ordinarios cinco o seis reputaciones. Su naciente gloria, reforzada cada mes con nuevos rayos, brillaba con todos los esplendores de la aurora. Y en verdad que se necesita un fulgor intenso para lucir en un cielo donde brillaban a la vez Lamartine, Victor Hugo, de Vigny, de Musset, Sainte-Beuve, Alexandre Dumas, Mérimée, Georg Sand y tantos otros más. Pero en ninguna época de su vida pretendió aparentar Balzac el papel de gran Lama literario, y siempre fue buen compañero; tenía orgullo, pero estaba enteramente desprovisto de vanidad.

Por aquel tiempo vivía él al extremo del Luxemburgo, cerca del Observatorio, en una calleja no concurrida, y bautizada con el nombre de Cassini, sin duda a causa de la vecindad astronómica. En las paredes del jardín que ocupaba casi todo un lado de la callejuela, y al fin del cual estaba el pabellón habitado por Balzac, se leía: *Lo Absoluto, vendedor de ladrillos*. Este rótulo extraño, que aún subsiste, si no me engaño, me sorprendió mucho. Quizá no tuviese otro punto de partida *La investigación de lo absoluto*. Probablemente, este nombre fatídico sugirió al autor la idea de Balthasar Claës en persecución de su ensueño imposible.

Cuando vi por primera vez a Balzac, éste tenía un año más que el siglo, o sea treinta y seis años, y su fisonomía era de las que no se olvidan nunca. En presencia suya venía a mi memoria la frase de Shakespeare acerca de César: «Ante él podía levantarse con atrevimiento la naturaleza y decir al universo: ¡He aquí un hombre!».

Me palpitaba el corazón, pues nunca me he acercado sin temblar a un maestro del pensar, y todos los discursos que había preparado en el camino se me quedaron en la garganta, para no dejar paso más que a una estúpida frase, equivalente a ésta: «¡Qué buena temperatura la de hoy!».

Balzac, que vio mis apuros, me sacó bien pronto del atolla-

dero, y durante el almuerzo recuperé la suficiente sangre fría para examinarle en detalle.

A guisa de bata gastaba ya entonces ese capillo frailesco de cachemira o de franela blanca, sujeto a la cintura por un cordón, vestimenta con la cual se hizo retratar algún tiempo después por el pintor Louis Boulanger. ¿Qué capricho le había inducido a elegir ese indumento con preferencia a otro cualquiera?, es cosa que ignoramos. ¿Simbolizaba, quizá, a sus ojos la vida claustral a la que su labor le condenaba, y siendo el benedictino de la novela, había tomado el hábito de esa orden? Lo cierto y seguro es que el tal capillo le sentaba a las mil maravillas. Al mostrarnos sus mangas intactas, se vanagloriaba de no haber alterado nunca su pureza con la menor mancha de tinta, «porque —decía— el verdadero literato debe ser pulcro en su trabajo».

El capillo echado atrás le dejaba al descubierto su cuello de atleta o de toro, redondo como un fuste de columna, sin músculos aparentes y de una blancura satinada, que contrastaba con el colorido más intenso del rostro. Por aquella época, Balzac, en toda la fuerza de la edad, presentaba los signos de una exuberante salud, poco en armonía con las palideces y los tonos verdosos románticos puestos de moda. Su pura sangre turense encendía sus mejillas con un púrpura intenso, y coloreaba con calor sus bondadosos labios gruesos y sinuosos, de risa fácil; ligeros bigotes y mosca acentuaban sus contornos sin ocultarlos; la nariz, cuadrada por la punta, partida en dos lóbulos, abierta por unas ventanillas anchas, tenía un carácter enteramente original y particular; por esto, al servir de modelo a David d'Angers para que le hiciese el busto, le recomendó: «Fíjese usted en mi nariz; ¡mi nariz es un mundo!». La frente era hermosa, ancha, noble, sensiblemente más blanca que la cara, sin más repliegue que un surco vertical en el arranque de la nariz; las protuberancias de la memoria de lugares formaban un relieve muy pronunciado por encima de los arcos superciliares; los cabellos, abundantes, largos, fuertes y ne-

gros, se dirigían hacia atrás como las melenas de un león. En cuanto a los ojos, nunca han existido otros semejantes. Tenían una vida, una luz y un magnetismo inconcebibles. A pesar de las vigili­as de todas las noches, su esclerótica era pura, límpida, azulada como la de un niño o de una virgen, y recuadraban dos diamantes negros que, a veces, fulguraban con espléndidos reflejos de oro: eran unos ojos capaces de hacer bajar la vista a las águilas, de leer a través de las paredes y de los pechos, de derribar a una fiera furiosa, ojos de soberano, de vidente, de domador.

La señora de Émil de Girardin, en su novela rotulada *El bastón del Sr. de Balzac*, habla de esos ojos fulgurantes: «Tan­créde observó entonces en el puño de aquella especie de maza, turquesas, oro y maravillosas cinceladuras, y detrás de todo esto dos ojazos negros, más brillantes que la pedrería».

En cuanto se tropezaba con la mirada de esos ojazos extraordinarios, era ya imposible fijarse en lo que pudieran tener de trivial o de irregular las otras facciones.

La expresión habitual del rostro era una especie de hilaridad poderosa, de alegría rabelaisiana y monacal —sin duda, el capillo contribuía a producir esa idea— que hacían pensar en fray Jean de Entommeures, pero engrandecido y magnificado por un ingenio de primer orden.

Según su costumbre, Balzac se había levantado a medianoche y había estado trabajando hasta que llegamos nosotros. Sin embargo, sus facciones no revelaban ninguna fatiga, aparte de unas leves ojeras, y durante todo el almuerzo estuvo loco de alegría. Poco a poco se dirigió la conversación al campo de la literatura, y se quejó de las enormes dificultades de la lengua francesa. El estilo le preocupaba mucho, y creía sinceramente no tenerlo. Verdad es que por entonces era general negarle esta cualidad. La escuela de Hugo, enamorada de la decimosexta centuria y de la Edad Media, sabía en giros, ritmos, estructuras y períodos, rica en vocablos, formada para la prosa con la gimnástica del

verso, y operando además bajo la dirección de un maestro con procedimientos seguros, sólo hacía caso de lo que estaba bien escrito, es decir, trabajado, y desmedidamente subido de tono, a la vez que encontraba inútil, plebeya y falta de lirismo la representación de las costumbres modernas. Así pues, a pesar de la boga que comenzaba a tener entre el público, Balzac no era admitido entre los dioses del romanticismo, y él lo sabía. Aun devorando sus libros, no se paraban en su lado serio, y hasta para sus admiradores permaneció siendo «el más fecundo de nuestros novelistas», y nada más; sorpréndenos hoy esto, pero puedo responder de la verdad de mi aserto. Por eso se tomaba un trabajo horrible a fin de conseguir tener estilo; y, en su afán de corrección, consultaba a personas cien veces inferiores a él. Antes de firmar nada, se decía que había escrito con diferentes seudónimos (Horace de Saint-Aubin, L. de Villerglé, etc.) un centenar de tomos «para soltarse la mano». Eso, no obstante, poseía ya su forma propia sin tener conciencia de ello.

Pero, volvamos a nuestro almuerzo. Hablando, Balzac jugaba con el cuchillo o con el tenedor, y me fijé en sus manos que eran de rara belleza, verdaderas manos de prelado, blancas, con dedos menudos y redonditos, uñas sonrosadas y brillantes; hacía coquetona gala de ellas y sonreía de gusto cuando se las miraban. Las tenía por un signo de raza superior y de aristocracia. Lord Byron dice en una nota, con visible satisfacción, que Alí-Bajá le hizo un elogio por la pequeñez de las orejas y de ella infirió que era un verdadero noble. Una observación semejante acerca de las manos también hubiera halagado a Balzac, y aún más que el elogio de uno de sus libros. Hasta tenía una especie de prevención contra aquellos a quienes les faltaba finura en las extremidades. El banquete era bastante delicado; en él figuraba un pastel de hígado grasiento, pero esto era una derogación de la frugalidad habitual, como lo hizo advertir

riéndose; y para «esta solemnidad» había pedido prestados cubiertos de plata ¡a su librero!

Me retiré después de haber prometido artículos para *La crónica de París*, donde aparecieron el *Viaje a Bélgica*, *La muerta enamorada*, *La cadena de oro* y otros trabajos literarios. Charles de Bernard, llamado también por Balzac, publicó allí *La mujer de cuarenta años*, *La rosa amarilla* y algunas novelas coleccionadas después en tomos. Según se sabe, Balzac había inventado la mujer de treinta años; su imitador añadió dos lustros a esta edad ya venerable, y no por eso obtuvo menos éxito su heroína.

Antes de seguir más lejos, hagamos alto un poco y demos algunos detalles acerca de la vida de Balzac anterior a mis relaciones con él. Nuestras autoridades serán la señora de Surville, su hermana, y él mismo.

Balzac nació en Tours el 16 de mayo de 1799, el día de Saint Honoré, cuyo nombre le pusieron, pareciéndoles eufónico y de buen agüero. El pequeño Honoré no fue un niño prodigio, no anunció prematuramente que escribiría *La comedia humana*. Era un muchacho fresco y colorado, muy sano, juguetón, de ojos brillantes y dulce mirar, pero que en nada se distinguía de los demás chicos, por lo menos para miradas poco atentas. A los siete años, al salir de un colegio de externos de Tours, lo enviaron de interno al colegio de Vendôme, dirigido por padres del Oratorio, y en él pasó por ser un colegial muy mediano.

La primera parte de *Louis Lambert* contiene curiosos informes acerca de estos tiempos de la vida de Balzac. Desdoblando su personalidad, se pinta allí como antiguo condiscípulo de Louis Lambert, ora hablando en su nombre, ora prestando sus propios sentimientos a ese personaje imaginario, pero, sin embargo, muy real, puesto que es una especie de objetivación del alma misma del escritor.

«Situado el colegio en medio de la ciudad, a orillas del Loir que baña sus edificios, forma un vasto recinto donde se hallan encerradas las dependencias necesarias en un ins-

tituto de este género: capilla, teatro, enfermería, panadería, aguas corrientes. Este colegio, el más célebre centro de instrucción que hay en las provincias centrales, está sostenido por éstas y por nuestras colonias. El alejamiento no permite, pues, a los padres ir allí a menudo a ver a sus hijos; por otra parte, el reglamento prohibía las vacaciones externas. Una vez que los alumnos ingresaban en el colegio, ya no salían de él hasta el término de sus estudios. Con excepción de los paseos dados por el exterior acompañados por los padres, todo se había calculado para dar a aquella casa las ventajas de la regla conventual. En mi tiempo, el corrector era un recuerdo aún viviente, y la férula de cuero representaba allí con honor su terrible papel».

Así pinta Balzac ese formidable colegio, que dejó en su imaginación tan indelebles memorias.

Sería curioso comparar la novela titulada *William Wilson*, en la que Edgar Allan Poe describe con las misteriosas ampliaciones de la infancia el vetusto edificio de los tiempos de la reina Isabel, donde su protagonista se educa con un compañero no menos extraño que Louis Lambert, pero éste no es lugar oportuno para tal comparación, y nos limitamos a indicarla.

Balzac sufrió terriblemente en aquel colegio, donde su naturaleza soñadora se veía a cada instante magullada por una disciplina inflexible. Descuidaba el cumplimiento de sus deberes; pero, favorecido por la complicidad tácita de un pasante de matemáticas que a la vez era bibliotecario, ocupado con alguna obra trascendental, no estudiaba la lección y se llevaba los libros que quería. Todo el tiempo se lo pasó leyendo a hurtadillas. Por eso fue bien pronto el alumno más castigado de su clase. Los castigos y los encierros acabaron por absorber el tiempo de los recreos. A ciertas naturalezas de escolares los castigos les inspiran una especie de rebelión estoica, y oponen a los profesores exasperados la misma impasibilidad desdeñosa que los guerreros salvajes hechos esclavos a los vencedores enemigos

que les dan tormento. Ni el calabozo, ni la privación de manjares, ni la palmeta, logran arrancarles la menor queja; hay entonces entre maestro y discípulo luchas horribles, desconocidas para los padres, en las cuales se igualan la constancia de los mártires y la habilidad de los verdugos. Algunos profesores nerviosos no pueden resistir la mirada llena de odio, desprecio y amenaza con que les desafía un chicuelo de ocho a diez años.

Reunamos aquí algunos detalles característicos que, con el nombre de Louis Lambert, corresponden a Balzac. «Acostumbrado al aire libre, a la independencia de una educación dejada a la casualidad, acariciado por las tiernas atenciones de un viejo que le amaba, habituado a pensar al sol, le fue bien difícil doblegarse a la regla del colegio, marchar en fila, vivir entre las cuatro paredes de un salón donde ochenta muchachos estaban silenciosos, sentados en bancos de madera y cada cual delante de su pupitre. Sus sentidos poseían una perfección que les daba una exquisita delicadeza, y todo sufría en él con esta vida en común; las exhalaciones corruptoras del aire, mezcladas con el olor de una clase siempre sucia y llena de residuos de nuestros almuerzos y meriendas afectaron su olfato, ese sentido que, por estar en más directa relación que los otros con el sistema cerebral, debe de causar con sus alteraciones trastornos invisibles en los órganos del pensamiento; aparte de estas causas de corrupción atmosférica, había en nuestras aulas barracas donde cada cual guardaba su botín, pichones muertos para los días de fiesta o manjares escondidos en el refectorio. Por último, nuestras salas contenían además una piedra inmensa donde todo el tiempo había dos cubos llenos de agua, en los cuales todas las mañanas íbamos a remojar nos la cara y lavarnos las manos por turnos, en presencia del maestro. Como no lo limpiaban más que una vez al día, antes de levantarnos, siempre estaba sucio nuestro local. Luego, a pesar del número de ventanas y de la altura de la puerta, el aire estaba allí constantemente viciado por

las emanaciones del lavadero, de la barraca, por las mil industrias de cada escolar, sin contar con nuestros ochenta cuerpos reunidos. Esta especie de humus colegial, mezclado sin cesar con el barro que traíamos de los patios, formaba un estercolero de un hedor inaguantable. La privación del aire puro y aromoso de los campos en que hasta entonces había vivido, el cambio de costumbre, la disciplina, todo contristó a Lambert. Con la cabeza siempre apoyada en la mano izquierda y los codos en el pupitre, pasaba las horas de estudio mirando las copas de los árboles del patio o las nubes del cielo. Parecía estar estudiando las lecciones; pero al verle con la pluma inmóvil o con el papel en blanco, el regente le gritaba: “¡Lambert, no está haciendo nada!”».

A esta pintura tan viva y verdadera de los sufrimientos de la vida de colegio, añadamos también este trozo donde Balzac, designándose en su dualidad con el doble sobrenombre de Pitágoras y del Poeta, el uno llevado por la mitad de sí mismo personificada en Louis Lambert, y el otro por la otra mitad de su identidad confesada, explica admirablemente por qué pasó a los ojos de los profesores por un niño inepto.

«Nuestra independencia, nuestras ocupaciones ilícitas, nuestra aparente holgazanería, el entorpecimiento en que permanecíamos, nuestros constantes castigos, nuestra repugnancia por las lecciones de obligación y de castigo, nos valieron la reputación de ser unos niños flojos e incorregibles, nuestros maestros nos menospreciaron, y caímos igualmente en el más profundo descrédito en el ánimo de nuestros camaradas, a quienes ocultábamos nuestros estudios de contrabando por temor a sus burlas. Esta doble falta de estimación, injusta en los Padres, era un sentimiento natural en nuestros condiscípulos; nosotros no sabíamos jugar a la pelota, ni correr, ni subir en zancos los días de asueto, cuando por casualidad lográbamos unos instantes de libertad, no tomábamos parte en ninguna de las diversiones de moda en el colegio; extraños a los juegos de

nuestros camaradas, permanecíamos solos, melancólicamente sentados bajo algún árbol del patio. El Poeta y Pitágoras fueron, pues, una excepción, una vida fuera de la vida común. El instinto tan penetrante, el amor propio tan delicado de los escolares, les hicieron presentir en nosotros inteligencias situadas más arriba o más abajo que las de ellos; de aquí, en unos odio a nuestra muda aristocracia, en otros desprecio a nuestra inutilidad, estos sentimientos existían entre nosotros sin darnos cuenta, y quizá no los he adivinado hasta hoy. Vivíamos, pues, exactamente como dos ratones agachados en el rincón de la sala donde estaban nuestros pupitres, retenidos allí lo mismo durante las horas de estudio que durante las horas de recreo».

El resultado de estos trabajos ocultos, de estas meditaciones que ocupaban el lugar de los estudios, fue ese famoso *Tratado de la voluntad* del que varias veces se habla en *La comedia humana*. Balzac deploró siempre la pérdida de aquella primera obra, que bosqueja someramente en *Louis Lambert*, y refiere con una emoción no disminuida por el tiempo el decomiso de la caja en donde estaba guardado el precioso manuscrito. Unos condiscípulos envidiosos tratan de arrancar el cofrecillo a los dos amigos, quienes lo defienden con tenacidad. «De pronto, atraído por el estrépito de la batalla, intervino bruscamente el padre Haugoult y se enteró de la disputa. Ese terrible Haugoult nos ordenó entregarle la cajita; Lambert le dio la llave, el regente cogió los papeles y los hojeó; luego dijo, confiscándolos: —¡Éstas son las necedades por las que ustedes abandonan sus deberes! —De los ojos de Lambert cayeron gruesas lágrimas, arrancadas tanto por la conciencia de su superioridad moral ofendida, como por el insulto gratuito y la traición que nos afligían. El padre Haugoult probablemente vendió a algún tendero de Vendôme el *Tratado de la voluntad*, sin conocer la importancia de los tesoros científicos, cuyos gérmenes abortados se disiparon en ignorantes manos».

Después de este relato, añade: «En memoria de la catástrofe ocurrida al libro de Louis en la obra, por la cual comienzan estos estudios, me he servido para una obra ficticia del título realmente inventado por Lambert, y he dado el nombre (Pauline) de una mujer para él muy querida a una joven llena de abnegación».

En efecto, si abrimos *La piel de zapa*, encontramos allí en la confesión de Raphaël las frases siguientes: «Tú sólo admirarás mi *Teoría de la voluntad*, esa larga obra para la cual había yo aprendido las lenguas orientales, la anatomía y la fisiología, y a la cual había consagrado la mayor parte de mi tiempo; obra que, si no me engaño, completará los trabajos de Mesmer, de Lavater, de Gall y de Bichat, abriendo un nuevo camino a la ciencia humana. Ahí se detiene mi hermosa vida, ese sacrificio diario, ese trabajo de gusano de seda, desconocido para el mundo y cuya única recompensa quizá consista en el trabajo mismo; desde la edad de la razón hasta el momento en que hube terminado mi *Teoría*, observé, aprendí, escribí, leí sin descanso, y mi vida fue como un largo castigo de colegial; amante afeminado de la pereza oriental, enamorado de mis ensueños y sensual, he trabajado siempre, negándome a gozar de los placeres de la vida parisiense; aficionado a comer bien, he sido sobrio; gustándome el andar y los viajes marítimos, deseando visitar países, encontrando todavía gusto en hacer como un chico recovecos sobre el agua, he permanecido constantemente sentado con una pluma en la mano; parlanchín por naturaleza, he ido a escuchar en silencio a los profesores en los cursos públicos de la Biblioteca y del Museo; he dormido en mi camastro solitario como un religioso de la orden de San Benito, y sin embargo, la mujer era mi única ilusión, ¡una quimera que yo acariciaba y la cual huía siempre de mí!».

Si Balzac echó de menos con pesar el *Tratado de la voluntad*, debió ser menos sensible a la pérdida de su poema épico acerca de los Incas, que comenzaba así:

Oh Inca, rey infortunado y triste,

desdichada inspiración que le valió, todo el tiempo que estuvo en el colegio, el irrisorio sobrenombre de Poeta. Preciso es confesar que Balzac no tuvo nunca el don de la poesía, de versificación a lo menos; su pensamiento, tan complejo, siempre fue rebelde al ritmo.

De esas meditaciones tan intensas, de esos esfuerzos intelectuales verdaderamente prodigiosos en un niño de doce o catorce años, resultó una enfermedad extraña, una fiebre nerviosa, una especie de coma del todo inexplicable para los profesores que no estaban en el secreto de las lecturas y de los trabajos del joven Honoré, en apariencia ocioso y estúpido; en el colegio, nadie sospechaba esos feroces excesos de inteligencia, ni sabía que en el calabozo (donde diariamente hacía que le metiesen a fin de estar libre) el escolar tenido por vago había devorado toda una biblioteca de libros serios y superiores al alcance de su edad.

Transcribamos aquí algunas curiosas líneas acerca de la facultad de lectura atribuida a Louis Lambert, es decir, a Balzac.

«En tres años, Louis Lambert había asimilado la sustancia de los libros de la biblioteca de su tío que merecían ser leídos. La absorción de las ideas por la lectura había llegado en él a un fenómeno curioso. Su vista abarcaba de un golpe siete u ocho líneas, y su mente apreciaba el sentido de ellas con una velocidad análoga a la de su mirada. Con frecuencia, hasta una palabra de la frase le bastaba para hacerle tomar el jugo de esta última. Su memoria era prodigiosa. Se acordaba con la misma fidelidad de las ideas adquiridas por la lectura, como de las que la reflexión o la conversación le habían sugerido. En fin, poseía todas las memorias: la de lugares, la de nombres, la de palabras, la de cosas, la de fisonomías; no sólo recordaba los objetos a voluntad, sino que hasta volvía a verlos dentro de sí mismo

iluminados y coloridos tal y como estaban en el momento de haberlos visto por vez primera. Este poder se aplicaba igualmente a los actos más intangibles del entendimiento. Según expresión suya, no sólo se acordaba del sitio de las ideas en el libro donde las había adquirido, sino también de las disposiciones de su ánimo en épocas remotas».

Balzac conservó toda su vida este maravilloso don de su juventud, e incluso aumentó; y por él pueden explicarse sus inmensos trabajos —verdaderos trabajos de Hércules.

Asustados los profesores, escribieron a los padres de Balzac que fueran en su busca a toda prisa. Corrió su madre y le sacó de allí para llevárselo a Tours. Grande fue el asombro de la familia cuando vio el niño flaco y enfermizo que le devolvía el colegio, en lugar del querubín que había recibido; la abuela de Honoré hizo esta triste observación. No sólo había perdido sus hermosos colores y su fresca gordura, sino que además, por efecto de una congestión de ideas, parecía imbécil. Su actitud era la de un extático, la de un sonámbulo que duerme con los ojos abiertos; perdido en un profundo ensueño, no oía lo que le hablaban, o su espíritu, viniendo de muy lejos, llegaba demasiado tarde para dar la respuesta. Pero el aire libre, el descanso, el cariñoso medio ambiente de la familia, las distracciones a que le obligaban y la enérgica savia de la adolescencia, triunfaron bien pronto sobre ese estado enfermizo. Se apaciguó el tumulto causado en aquel cerebro juvenil por el zumbar de las ideas. Las lecturas confusas se clasificaron poco a poco; a las abstracciones vinieron a unirse imágenes reales, observaciones hechas silenciosamente sobre lo vivo. Paseándose y jugando estudiaba los lindos paisajes de la Loire, los tipos de provincia, la catedral de Saint-Gatien y las fisonomías características de los sacerdotes y de los canónigos; varios cartones, que sirvieron más tarde para el gran fresco de *La comedia humana*, fueron de seguro bosquejados durante aquella fecunda inacción. Sin embargo, en la familia, lo mismo que en el colegio, no fue adivinada o comprendi-